## Capítulo 1

Cecilia miró a su marido con cara de desconfianza. No le gustaba nada la idea de viajar a aquellas islas perdidas, por muy paradisíacas que fueran.

Cuando João le sugirió pasar la luna de miel en Bali, a ella le entusiasmó la idea. Un amigo común había estado allí y les había contado maravillas de aquel lugar. Sus frondosas montañas volcánicas, sus icónicos arrozales, las costas y los arrecifes de coral… y por supuesto, las exquisitas playas de arena blanca y sus aguas tranquilas de color turquesa.

Su amigo no se equivocó y Cecilia disfrutó mucho de aquel viaje. Siempre recordaría la excursión a las cascadas de Nung Nung, la visita al templo de Bedugul, los acantilados de Uluwatu, los palacios flotantes de Tirta Gangga… Pero ya llevaban allí más de un mes, y ella quería regresar a casa. Demasiadas aventuras para una sencilla chica de ciudad. Porque a decir verdad, nunca habían estado más de unos pocos días en el mismo sitio, ni en la misma isla.

João era un hombre de carácter; un hombre de impulsos y hasta cierto punto también amante del riesgo. Un seductor que la conquistó de inmediato cuando ella visitó Portugal en el viaje de fin de carrera, allá por 1981.

Cecilia sólo tenía 23 años y apenas había salido de Vigo, su ciudad natal. En Lisboa conoció a mucha gente de diversas procedencias, pues a pesar de tener una motivación lúdica, aquel viaje era también una visita cultural patrocinada por la Xunta de Galicia. Un viaje de «hermanamiento» como se solía decir.

Le conoció mientras hacía cola con sus amigas para entrar en el museo de la Marina.

João pasaba por allí y se quedó fascinado cuando ella le miró casualmente, con sus grandes ojos verdes que le tapaban casi toda la cara. Una cara blanca que sin embargo estaba algo deslucida. Pero él se enamoró de inmediato y tras presentarse, comenzó a piropearla y agasajarla con toda clase de cumplidos.

Cecilia se ruborizó e intentó hacer como si nada pasara, intentando hablar con sus amigas. Pero ellas también le miraban a él, y no quisieron, o no pudieron seguirla el juego.

Ante su insistencia, ella le dijo que no le entendía. Que era española y que no sabía portugués. Pero él se dio cuenta de que aquellas chicas eran gallegas y no la creyó.

Aquel tipo parecía un camarero, salido de algún café de los alrededores. Pero había algo en su porte, en sus ropas, en su prestancia… algo había que le delataba como algo más que un simple empleado de restaurante, a pesar de llevar una camisa blanca remangada y un pantalón oscuro. Debía pasar por allí hacia algún sitio, pues iba deprisa. Pero cuando la vio a ella se frenó en seco. El calor de Lisboa en aquella mañana de agosto le hacía exhibir una frente perlada de sudor y un pecho no menos sudoroso que se entreveía entre la camisa a medio abrochar.

Después de intentar sacarle a Cecilia su número de teléfono, sin éxito, al final le dijo que esa tarde estaría en el café Janis con unos amigos. Allí la esperaría, si le apetecía ir.

Cecilia tenía muchas ganas de ver el museo de la Marina. Como apasionada de la Historia, le apetecía mucho contemplar las reliquias que allí se guardaban y que eran la viva historia del pasado descubridor de Portugal. Los portugueses fueron una potencia marítima, que en los siglos XV y XVI llegaron a ser junto a los españoles, los primeros europeos en visitar enormes extensiones de América, África y Asia Oriental.

Pero aquella visita se vio trastocada por la inesperada aparición de João. No podía concentrarse en lo que estaba viendo, pues no podía quitársele de la cabeza.

Ella no era una chica guapa en el sentido cabal de la palabra. Algo rellenita y ciertamente bajita, sólo sus grandes ojos verdes y su cabello color miel le daban un cierto atractivo. Un relativo encanto que su natural timidez echaba a perder en cuanto algún despistado se acercaba a ella.

Nunca había tenido pretendientes de importancia y por esa razón se preguntaba si aquella irrupción de João en su vida no sería sino una broma. Entre sus amigas había otras más guapas y con mejor tipo. Flavia sin ir más lejos. Era su mejor amiga y estaba justo a su lado cuando apareció João. Imposible que él no la hubiera visto. Flavia era siempre quien se llevaba a los chicos de la clase; a quién todos miraban e intentaban seducir. También estaba Mariña, con quien hizo su trabajo de fin de carrera: una chica rubia y esbelta que había roto muchos corazones en la Facultad de Historia de la Universidad de Vigo, de donde todas procedían.

Cuando salieron del museo, todos los asistentes comentaron lo que habían visto, pero Cecilia no parecía hacerles demasiado caso.

—¿Qué astrolabios?

—Vamos, Ceci, no te hagas la interesante. La colección de astrolabios, te vimos muy interesada —insistió Flavia.

—¡Ah, sí!, los astrolabios, claro. Sí, muy bonitos.

Flavia y Mariña se echaron a reír. —Me parece que el único astrolabio que vio Ceci se llama João —dijo otra chica del grupo, con una pizca de picardía.

—Oye, podríamos ir esta tarde al café Janis, a ver si es verdad que ese tío se pasa por allí —comentó Flavia.

Cecilia permanecía callada.

—Yo no voy —dijo Mariña—. Seguro que ni se presenta. Y si lo hace es para vernos desde lejos, con sus amigotes. Para reírse de nosotras. Yo prefiero salir con los camareros del hotel… ¿no era esta noche la fiesta esa a la que nos invitaron?

—Sí, la fiesta es esta noche, pero por la tarde no tenemos nada que hacer. ¿Es que tú no quieres ir, Ceci? —preguntó Flavia—. Al fin y al cabo, tú eres la estrella invitada…

—¿Eh? —Cecilia sólo tenía en su cabeza la imagen de João. Su alta estatura, su pelo negro ondulado sobre una tez morena… Se le imaginaba surcando los mares del sur en una «nao» portuguesa del siglo XV, descubriendo nuevas tierras para su rey Enrique el Navegante.

## Capítulo 2

El café Janis estaba en un lugar muy céntrico de la capital portuguesa. Con un ambiente muy agradable, se podía tomar un buen desayuno o merienda mientras se veía el deambular de los lisboetas por la Rua Dom Luís I y por los bonitos jardines de la «Praça» del mismo nombre.

Las tres amigas llegaron un poco más tarde de la hora fijada para la cita, ya que no querían dar la impresión de estar ansiosas por ese encuentro. Y el caso es que, como temía Cecilia, allí no había ni rastro de su «pretendiente» portugués.

—¿Nos vamos? —Preguntó Mariña, tras comprobar que ninguno de los clientes del local en ese momento era el chico que habían visto por la mañana.

—¿Irnos? De ninguna manera. Este sitio mola mucho. Nos podríamos quedar a tomar algo —dijo Flavia.

—Pero está lleno… No hay sitio. Yo creo que sería mejor irnos —Mariña no parecía sentirse cómoda.

—¡Mira! En esa mesa se levantan cuatro personas. Si nos damos prisa podemos ocuparla antes de que nos la quiten.

Flavia tomó la delantera y sus dos amigas la siguieron algo reticentes. Tras sentarse, un camarero acudió a limpiar la mesa y a tomarles nota.

—Yo quiero un café y uno de esos bollos de nata —dijo Flavia señalando a unos suculentos manjares que había en el mostrador, al lado de la barra.

—*¿Pastéis de Belém?* —preguntó el camarero.

—Sí, eso.

—Otro para mí. Con un té, por favor —dijo Mariña.

El camarero miró hacia Cecilia, quien tras suspirar pidió un café y un zumo de naranja.

—¿No quieres uno de esos bollos?

—No, Flavia, vosotras os lo podéis permitir, pero yo…

—Vamos Ceci, un día es un día.

—Es que…

— *Garçom*, por favor, traiga otro bollo más.

—*De acordo* —repuso el camarero.

—*Obrigado* —Flavia miró a Cecilia y le pellizcó un poco en la mano—. Pruébalo por lo menos. No puedes estar siempre con el dichoso régimen. Si no te gusta me lo como yo.

—No, no, si gustarme… seguro que me va gustar, pero…

En ese momento entraron tres chicos en el café, y se las quedaron mirando. Ellas les miraron igualmente. Pero ninguno era João. Al no haber sitio libre, se fueron hacia la barra y pidieron algo.

—Jo, tía, mira que si estos nos entran… tendríamos que pasar de ellos. Imagínate que luego viene João con sus amigos… —Cecilia estaba inquieta.

—Pues que hubieran venido antes. Ese del pelo rizado te mira mucho a ti, Flavia —dijo Mariña.

—Sí. Y el de al lado también.

—Pues yo creo que no os miran a ninguna de las dos —les informó Cecilia, tras constatar que estaban mirando a un grupo de cuatro chicas que justo detrás de ellas estaban cruzando la calle para entrar en la cafetería. Y efectivamente las chicas se reunieron con los de la barra, y dejaron de «mirarlas».

El tiempo fue pasando y terminaron de merendar. João no aparecía y Cecilia sentía una mezcla de alivio y también de desilusión. Aquello era totalmente nuevo para ella, y aunque se había hecho ilusiones, su sentido común le indicaba que no podía ser. Nunca le había pasado nada semejante y lo de aquella mañana había sido un espejismo.

Pidieron la cuenta y se levantaron dispuestas a irse hacia el hotel. La hora de la cena estaba próxima, y aunque no tenían hambre, no querían ausentarse del resto de sus compañeros.

Pero en ese momento entraron dos chicos y las abordaron directamente.

—*Olá, meu nome é Filipe, e este é meu amigo Mateus.*

Flavia les miró y sin pensar ni dudar un instante se presentó:

—Hola, yo soy Flavia, y esta es mi amiga Mariña y mi amiga Cecilia.

—Mucho gusto —dijo Filipe, cambiando de idioma.

Es curioso como la mayoría de los portugueses entienden y hablan el español, cuando eso no ocurre de forma contraria. Salvo con los gallegos y gallegas, naturalmente, por ser su idioma más similar al portugués que el español.

—¿Sois amigos de João? —Preguntó Mariña.

—¿João? Oh, sí, sí, es amigo nuestro. No ha podido venir. Bueno, ¿cómo estáis? ¿Lleváis mucho tiempo en Portugal?

—Llevamos casi dos semanas. Dentro de poco nos volvemos a Vigo.

—¡Ah! ¿Que sois de Vigo? —dijo Filipe— Yo he estado allí varias veces… También en Santiago. Bonita tierra. Se parece a Portugal.

—¿Vais alguna parte? ¿Podemos acompañar? —preguntó Mateus, que estaba ansioso por iniciar el cortejo.

—Nos volvíamos al hotel. Es casi ya la hora de la cena —respondió Cecilia.

—Ceci, eres una aguafiestas —dijo Flavia en bajito. Y añadió, en alto—: volvíamos al hotel, sí, pero nos podéis acompañar dando un paseo.

El nombre de João no se volvió a pronunciar y Cecilia ardía en deseos de preguntar por qué no había podido venir. Pero por la forma como habló de él Filipe, todo parecía indicar que era una excusa. João es un nombre muy común en Portugal y quizás esos dos chicos no conocían al seductor que había cautivado a Cecilia aquella mañana. Estaba casi segura de que simplemente respondieron a esa pregunta para seguir la conversación e iniciar la relación.

Empezó a pensar que no serviría de nada insistir ya que probablemente aquellos dos se inventarían algo. Además, no había ocasión de decir nada. Flavia estaba muy contenta con Filipe y no paraba de reírse con él. Y lo mismo pasaba con Mariña y Mateus.

Cecilia, como siempre, se sintió desplazada. Y esta vez, además, burlada. Tras terminar el paseo y llegar al hotel, aquellos dos convencieron a sus amigas de no pararse a cenar, sino ir a directamente a una discoteca a bailar.

—Vente Ceci, ¿qué vas a hacer en el hotel? Te vas a aburrir…

—De verdad que no, Flavia. No pinto nada con vosotras. No me apetece ir. Id vosotras y divertíos.

Cecilia apenas cenó y tras conversar con otras amigas sobre el museo y sobre *lo bien que lo estaban pasando* en Portugal, subió a su habitación e intentó dormir. Aquel había sido un día intenso y tenía intención de olvidarlo pronto.

Pero le fue imposible conciliar el sueño. No paraba de dar vueltas en la cama, además de por el calor. El verano lisboeta es caluroso, pero no es un calor insoportable gracias a la bajada de la temperatura favorecida por lo cerca que está el Océano Atlántico y sus brisas nocturnas. Pero aquel día no cumplía la norma, y además su habitación no daba al oeste, que es por donde vienen los vientos. Abrir la ventana, por tanto, no solucionaba mucho.

Pensó levantarse e ir a dar un paseo cerca del mar, cuando oyó que alguien golpeaba su puerta. Era la una de la mañana, y en Portugal eso no es normal.

—Abre Ceci, tengo que pedirte un favor —oyó decir, tras unos instantes.

Cecilia se levantó y se encontró a Flavia delante de ella.

—Verás, estamos aquí con Filipe y Mateus. Les hemos dicho que esperen abajo, en Recepción. Es que… bueno, ya sabes que Mariña y yo compartimos habitación… El caso es que…

—Ya. Queréis que yo os deje mi habitación para que podáis estar cada pareja a solas.

—Si hicieras el favor… —dijo Flavia, algo avergonzada y mirando al suelo.

—No te preocupes. De hecho, iba a salir a tomar el fresco. No puedo dormir.

 —¡Muchas gracias, Ceci! ¡Sabía que lo comprenderías!

## Capítulo 3

A la mañana siguiente tenían la recepción en el Ayuntamiento. Era el último día de su estancia en Portugal y esta era la parte más importante de aquel viaje. Allí se produciría la ceremonia de «hermanamiento» entre las dos ciudades, que habían estado ensayando mucho antes del viaje. Además, Cecilia formaba parte del protocolo de la celebración.

Pero ella no estaba para muchas ceremonias, pues había pasado toda la noche sin dormir. Por si fuera poco, el salón del Ayuntamiento donde se celebraba el evento no tenía aire acondicionado, y sólo estaba abierta una de las ventanas. Precisamente la que estaba más alejada de ella.

A pesar de todo, conservó una más que razonable dignidad, y aunque su cara no salió muy favorecida en las fotos que se tomaron, al final todo se desarrolló como más o menos estaba establecido.

Tras la comida, que también fue en un salón anexo al Ayuntamiento —esta vez, menos mal, al aire libre—, se le acercaron Flavia y Mariña:

—Oye Ceci, Filipe y Mateus nos han invitado a una fiesta esta tarde. Nos gustaría que vinieras con nosotras.

—Ah, eso sí que no. Estoy agotada.

—Venga, también nosotras hemos dormido poco. Pero hoy es nuestro último día, y tenemos que aprovechar. Anda, vente, porfa.

—De verdad que no, Flavia, la ceremonia me ha terminado de rematar. Ha sido un poco extenuante para mí, y quisiera echarme un poco.

—Bueno, como quieras, pero cuando te contemos lo bien que nos lo hemos pasado te vas a arrepentir. Tú verás.

—Si os lo pasáis bien, me alegraré por vosotras. De verdad.

Llegaron al hotel y las otras se fueron a su habitación a preparase. Cecilia llegó a la suya y se dejó caer sobre la cama directamente sin quitarse la ropa. Tan sólo se quitó aquellos zapatos de tacón que le estaban tan estrechos y que habían destrozado sus pies regordetes.

Cuatro horas después se despertó con un sobresalto. Había dormido profundamente y estaba desorientada. Cuando se desperezó un poco, pasó a ducharse y después se puso ropas más cómodas.

Fue entonces cuando lo vio. Encima de la mesita que había en el recibidor, justo detrás de la puerta de su habitación, había un magnífico ramo de flores como nunca había visto otro igual.

No tenía mucha experiencia en esas cosas —por no decir ninguna— pero aquel ramo de exquisitas flores tenía pinta de ser muy, muy caro. Entonces cayó en la cuenta. Alguien entró en su habitación y lo depositó allí. Por eso se despertó.

Entonces se dio cuenta de que en uno de los laterales había un cordelito del que colgaba una nota. Comenzó a sentirse muy, muy nerviosa. Entonces tomó en sus manos el díptico y lo leyó: «mira por la ventana».

Los nervios fueron *in crescendo*, y sin dudarlo un instante se asomó a ver qué es lo que pasaba al otro lado de la calle. Su habitación estaba en un segundo piso y desde allí se veía toda la zona contigua al hotel. Y entonces le vio.

Allí estaba João, perfectamente vestido y peinado, saludándola con la mano e invitándola a bajar. El corazón empezó a latirle tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca.

Intentó serenarse un poco y respiró hondo varias veces. Nada cambió. Estaba tan nerviosa como un flan y tenía que tomar una decisión ya. Aquel hombre debía estar esperándola desde hacía al menos una hora, el tiempo que había tardado en desperezarse, levantarse, ducharse y vestirse.

No lo pensó más y decidió bajar inmediatamente. Tan sólo se detuvo para cambiarse las bambas que llevaba puestas y ponerse de nuevo los zapatos torturadores. Profirió un grito al ponerse el del pie derecho, y bajó.

[**https://www.amazon.es/Amor-Incondicional-JG-Mill%C3%A1n-ebook/dp/B0947517P9/**](https://www.amazon.es/Amor-Incondicional-JG-Mill%C3%A1n-ebook/dp/B0947517P9/)

[**https://www.amazon.es/Amor-Incondicional-Juan-García-Millán/dp/B0948PLSG1/**](https://www.amazon.es/Amor-Incondicional-Juan-Garc%C3%ADa-Mill%C3%A1n/dp/B0948PLSG1/)